

das sus naves cubiertas y además una galera real, que casi no podía utilizarse á causa de su tamaño y que solamente marchaba con ayuda de diez y seis filas de remos. No tendría más de cinco mil hombres armados; no podría hacer la guerra fuera de Macedonia sin autorización del Senado, y pagaría al pueblo romano mil talentos, la mitad al contado, y la otra mitad en cantidades iguales durante diez años.* Pretende Valerio Ancio que el impuesto fué de cuatro mil libras de peso de plata durante diez años, y que exigieron treinta y cuatro mil doscientas veinte al contado. Dice también que por cláusula terminante se prohibía á Filipo atacar de nuevo al rey de Pérgamo, Eumeno, hijo de Atalo. Entregáronse rehenes como garantía del tratado, encontrándose entre ellos Demetrio, hijo de Filipo. Añade Valerio Ancias que Atalo, aunque ausente, recibió como regalo la isla de Egina y los elefantes; los rodios, Stratonicea de Carias y las demás ciudades que había poseído Filipo; y los atenienses, las islas de Paros, Imbros, Delos y Seyros.

Todas las ciudades griegas aprobaron el tratado; únicamente los etolios murmuraron en secreto contra la decisión de los diez comisarios: «Aquello, decían, era letra muerta adornada con vana apariencia de libertad. En efecto, ¿por qué se adjudicaban los romanos algunas ciudades sin nombrarlas, y nombraban otras que hacían poner en libertad sin que se las entregasen? ¿No nombraban las ciudades de Asia para asegurar su independencia, cuando su alejamiento constituía su seguridad, y no hacían lo mismo con las de la Grecia, tales como Corinto, Calcis, Orea, Eretria y Demetriades?» Estas acusaciones no carecían de fundamento; nada terminante se sabía acerca de Corinto, Calcis y Deme-

triades. El senatusconsulto que creó la comisión venida de Roma, declaraba libres todas las ciudades de Grecia y de Asia; pero los comisarios debían fijar la suerte de aquellas tres ciudades, según las circunstancias y los intereses de la República, y se confiaba en su buena fe. Había que atender al rey Antioco que intentaba pasar á Europa en cuanto se lo permitiesen sus asuntos; de esto se tenía seguridad, y no querían dejar á su disposición tres plazas que tanto le convenían. De Elacia marchó Quincio con los diez comisarios á Anticyra y después á Corinto, donde debía conferenciar con ellos. Frecuentemente repetía: «Que era necesario libertar la Grecia entera, si se quería abatir la insolencia de los etolios, hacer el nombre romano tan querido como respetable á todas las naciones, y convencer que por la libertad de la Grecia, y no por despojar á Filipo de la supremacía en favor de Roma, habían pasado el mar.» Los comisarios no hicieron objeción alguna contra la libertad de las ciudades griegas: «Pero era más seguro para ellas, decían, permanecer algún tiempo bajo el pretectorado de los romanos, que tener á Antioco por dueño en vez de Filipo.» Concluyóse por decidir que se devolvería Corinto á los aqueos, pero que una guarnición romana ocuparía la Acrocorinthia, y que los romanos conservarían Calcis y Demetriades hasta que nada se tuviese que temer de Antioco.

Acercábase la época fijada para los juegos Istmicos, solemnidad que ordinariamente atraía considerable multitud, tanto por la pasión que tenían los griegos por aquellos certámenes en que luchaban todos los géneros de talento, de fuerza y de agilidad, como por la ventajosa situación de Corinto, que, bañada por dos mares diferentes, podía llegarse á ella desde todos los

puntos de Grecia. En esta ocasión la curiosidad general estaba mucho más excitada por la expectación de la suerte que reservaban á Grecia y á cada pueblo en particular: esta era, no solamente la preocupación de todos los ánimos, sino también el objeto de todas las conversaciones. Los romanos asistieron al espectáculo. Según costumbre, el pregonero avanzó con el músico en medio de la arena, donde ordinariamente anuncia la apertura de los juegos con un canto solemne: impuso silencio á la asamblea con el toque de trompeta, y gritó: «El Senado romano y el general T. Quincio, vencedor del rey Filipo y de los macedonios, devuelven el goce de su libertad, de sus franquicias y sus leyes á los corintios, focidios, locrinos, á la isla de Eubea, á los magnetos, á los tesalios, á los perrheos y á los aqueos phthiotas.» Esta enumeración comprendía todos los pueblos que habían estado bajo la dominación de Filipo. Cuando terminó el pregonero, la multitud experimentó un estremecimiento de regocijo. No se tenía seguridad de haber oído bien; mirábanse asombrados unos á otros, como si les dominasen las vanas ilusiones de un sueño, no atreviéndose ninguno á dar crédito á sus oídos y preguntando á sus vecinos. Llamaron al pregonero que había anunciado la libertad de la Grecia; querían oírle otra vez, y sobre todo, verle: el pregonero repitió la proclamación. Entonces, no pudiendo la multitud dudar de su felicidad, expresó su alegría con tantos gritos y aplausos (1) que fácilmente se comprendía que para ella el mejor bien de todos era la libertad. En seguida se celebraron apresuradamente los

(1) Tan fuertes fueron los gritos y aplausos, que resonaron á lo lejos en el mar, y que algunos cuervos que por casualidad volaban sobre la asamblea, cayeron al estadio.

juegos, no fijándose en el espectáculo ni los ánimos ni los ojos. Tan cierto es que un solo sentimiento ocupaba á los asistentes haciéndoles prescindir de todos los demás goces.

Terminado el espectáculo, todos rodearon al general romano; la agrupación de aquella multitud que acudía en torno de un hombre solo para estrecharle la mano, para arrojarle coronas, flores y cintas, estuvo á punto de poner en peligro su vida. Por fortuna tenía Quincio treinta y cinco años próximamente, y el vigor de la edad al mismo tiempo que la satisfacción de tan brillante gloria le dió fuerza para resistir á la multitud. No se limitó el entusiasmo á las expansiones del momento, sino que se mostró muchos días sucesivos con la manifestación de gratitud de todos los griegos, que decían «había sobre la tierra una nación que combatía á su costa, á sus riesgos y peligros por la libertad de otras; que no contenta con hacer estos favores á vecinos más ó menos lejanos, ó á pueblos situados en el mismo continente que ella, atravesaba los mares para hacer desaparecer del mundo entero toda dominación tiránica y para establecer en todas partes el imperio absoluto del derecho, de la justicia y las leyes. Una sola palabra de la boca de un pregonero había devuelto la libertad á todas las ciudades de la Grecia y del Asia. Para concebir este pensamiento se necesitaba ánimo muy grande; para hacerlo triunfar, valor y fortuna mayores aún.»

Inmediatamente después Quincio y los diez legados dieron audiencia á los enviados de los reyes, de los pueblos y de las repúblicas; recibiendo primeramente á los de Antioco, quienes hablaron casi lo mismo que habían hablado en Roma, sin inspirar mayor confianza.

Dijéronles, no con rodeos como antes, cuando no estaba decidida la lucha con Filipo, sino de clara y terminante manera, que Antioco había de evacuar las ciudades de Asia que habían pertenecido á Filipo ó á Ptolomeo, y respetar las ciudades libres, y principalmente todas las griegas. Ante todo se le prohibió pasar á Europa ó enviar tropas; y cuando despidieron á estos legados, reunieron todos los de los pueblos y repúblicas, y arreglaron tanto más pronto los asuntos, cuanto que se limitaron á leer las decisiones que habían tomado los diez comisarios sobre cada estado en particular. Devolvióse la independencia á los orestinos, pueblo de la Macedonia que fué el primero en separarse de su rey. Igualmente fueron declarados libres los magnetos, perrebeos y dolopos. Los tesalios obtuvieron, además de la libertad, el territorio de los aqueos phthiotas y Farsalia. Los etolios reclamaron, según los términos del tratado, la restitución de Farsalia y de Leucada, remitiéndose el asunto al Senado; pero les adjudicaron en virtud de decisiones tomadas, la Fócida, la Locrida y los territorios que les estuvieron reunidos antes. Devolviéronse á los aqueos Corinto, la Trifylia y la ciudad de Herea, situada también en el Peloponeso. Los diez legados querían dar Orea y Eretrea al rey Eumeno, hijo de Atalo, pero Quinccio no convino en ello, remitiéndose el asunto á la decisión del Senado, que concedió la libertad á estas dos ciudades, así como también á la de Caristo. Pleurato recibió la Lychnida y la Parthenia, contra los ilirios, que había obedecido á Filipo; manteniéndose á Amynandro en la posesión de las plazas fuertes que durante la guerra había tomado á Filipo.

Disuelta la asamblea, los diez legados se repartieron el trabajo de libertar todo el país, y partieron

para las ciudades de su elección: P. Lentulo, para Baryllias; L. Estertinio, para Hefestia, Tasos y las ciudades de la Tracia; P. Vilio marchó con Q. Terencio á la corte de Antioco; Cn. Cornelio cerca de Filipo. Y después de haber convenido con él asuntos de poca importancia, le preguntó si quería escuchar un consejo, no solamente útil, sino saludable. Filipo contestó que agradecería mucho al legado romano todo lo que le dijese por su bien. Cornelio le instó vivamente para que enviase á Roma, puesto que había conseguido la paz, una legación encargada de solicitar la alianza y amistad del pueblo romano; que de esta manera evitaría, en el caso de que Antioco hiciese algún movimiento, la apariencia de haber querido ganar tiempo y esperar ocasión favorable para comenzar de nuevo la guerra.

Filipo ofreció enviar en seguida la legación, y Cornelio marchó entonces á las Termópilas, donde ordinariamente se celebra en determinada época la asamblea general de los playcos. Allí exhortó enérgicamente á los etolios para que permanecieran fielmente unidos al partido de los romanos. Algunos jefes de la nación se quejaron en su respuesta de que las disposiciones de los romanos en cuanto á ellos no fuese ya después de la victoria tan benévolas como lo habían sido durante la guerra. Otros hicieron reconveniones é inculpaciones más apasionadas, diciendo «que no solamente no habrían vencido los romanos á Filipo sin los etolios, sino que ni siquiera habrían podido pasar de Grecia.» Cornelio no quiso replicar para evitar un altercado, limitándose á decir «que los etolios obtendrían completa satisfacción si enviaban una legación á Roma», consejo que siguieron, y decretaron el envío de legados. De esta manera terminó la guerra con Filipo.

Mientras acontecían estas cosas en Grecia, Macedonia y Asia, una conspiración de esclavos intentó levantar la Etruria. El pretor M. Acilio, encargado de juzgar los litigios entre romanos y extranjeros, recibió orden de buscar y castigar á los culpables. Partió, pues, con una de las dos legiones urbanas, encontró á los esclavos armados, les dió batalla, les venció, mató considerable número é hizo bastantes prisioneros. Los jefes de la conjuración fueron azotados y crucificados; los demás devueltos á sus amos. Los cónsules salieron para sus provincias. Marcelo entró en el territorio de los boyos: cansados sus soldados por un día de marcha, ocupábase en acampar sobre una eminencia, cuando Corolamo, rey de los boyos, le atacó con fuerzas numerosas y le mató cerca de tres mil hombres. Entre los varones distinguidos que sucumbieron en esta sorpresa, se encontraban los prefectos de los aliados T. Sempronio Gracco y M. Julio Silano, así como también los tribunos militares M. Ogulnio y P. Claudio, de la segunda legión. Sin embargo, los romanos continuaron las fortificaciones de su campamento y lo defendieron vigorosamente, á pesar de los esfuerzos del enemigo, animado por el triunfo. El Cónsul permaneció encerrado en sus parapetos durante algunos días para cuidar á los heridos y dar tiempo á los soldados para que se repusiesen del miedo. Los boyos, que no podían soportar la impaciencia de la espera, se dispersaron en sus fuertes y caseríos. Atravesando entonces Marcelo el Po, llevó las legiones al territorio de Como, donde acampaban los insubrios, que habían sublevado á los habitantes del país. Orgullosos por la reciente ventaja de los boyos, le atacaron en medio de la marcha, siendo tan vigoroso el empuje que desordenaron

las primeras filas. Viéndolo Marcelo, y temiendo que aquel movimiento produjese una derrota, hizo que una cohorte de marsos sostuviese á los suyos, y lanzó contra los insubrios toda la caballería latina. Dos ataques sucesivos contuvieron el brío furioso del enemigo: el resto del ejército romano recobró valor, cesó de retroceder y en seguida volvió vigorosamente al combate. No resistieron por mucho tiempo los galos, sino que volvieron la espalda y huyeron en desorden. En aquel combate, si hemos de creer á Valerio Ancias, perdieron más de cuarenta mil hombres, quinientas siete enseñas militares, cuatrocientos treinta y dos carros y considerable número de collares de oro, entre los que había uno notable por su peso y que, según el historiador Claudio, se ofreció á Júpiter y quedó colocado en su templo del Capitolio. En el mismo día tomaron el campamento de los galos y lo entregaron al pillaje, no apoderándose hasta algunos días después de la ciudad de Como. En seguida se rindieron al Cónsul veintiocho plazas fuertes. Los historiadores no están de acuerdo acerca de si el Cónsul marchó primeramente contra los boyos ó contra los insubrios, y si reparó su derrota con la victoria de Como, ó si el brillo de aquel triunfo quedó empañado por el descalabro que sufrió de los boyos.

Acababa de experimentar Marcelo esta alternativa de reveses y victorias, cuando el otro Cónsul penetró en territorio de los boyos por la tribu sapinia. Acercábase al fuerte Mutila, pero temiendo que le envolvieran á la vez los boyos y los ligurios, retrocedió y describió gran rodeo por la llanura, donde no corría ningún peligro, para reunirse con su colega. Unidos los dos ejércitos, recorrieron primeramente y devastaron el te-

territorio de los boyos hasta Felsina: esta ciudad, así como las otras plazas fuertes y casi todos los boyos, se sometieron, exceptuando los jóvenes, que habían tomado las armas para saquear, y que en aquel momento se habían refugiado en bosques impenetrables. En seguida pasaron los Cónsules al territorio de los ligurios. Los boyos creyeron que el ejército romano marcharía con poca precaución creyéndoles lejanos, y que podrían sorprenderle, y le siguieron por desfiladeros cubiertos. No habiendo podido alcanzarle, atravesaron bruscamente el Po en barcas, talaron el territorio de Levos y de Libnos, y en seguida se retiraron; pero llegados á la frontera de la Liguria con los despojos de la campaña, encontraron á los romanos. Trábose la lucha con más brío y encarnizamiento que si se hubiesen preparado para el combate y si hubiesen elegido tiempo y terreno convenientes. Este combate demuestra hasta dónde puede impulsar la cólera al valor. Los romanos estaban más sedientos de sangre que de victoria, y con tal furor combatieron, que á penas quedó un solo enemigo para llevar á sus conciudadanos la noticia del desastre. Cuando recibieren en Roma las cartas de los Cónsules que daban cuenta del triunfo, se decretaron tres días de acciones de gracias. Poco tiempo después regresó á Roma Marcelo, y los senadores le concedieron por unanimidad el triunfo. Durante su magistratura triunfó de los insubrios y de los habitantes de Como, dejando á su colega la esperanza de triunfar sobre los boyos, porque fué Furio quien les venció, y en realidad Marcelo había sufrido un descalabro en aquel país. En aquel espectáculo se vieron considerable cantidad de despojos enemigos arrastrados en carros cogidos á los galos, gran nú-

mero de enseñas militares, trescientas veinte mil libras de peso de bronce y doscientas treinta y cuatro mil de plata acuñada con el sello de la liga. Cada soldado de infantería recibió ochocientos ases de gratificación; cada jinete y cada centurión el triple.

Aquel mismo año el rey Antioco, que había invernado en Efeso, quiso colocar bajo su dependencia todas las ciudades libres del Asia, creyendo que las demás ciudades situadas en llano ó mal defendidas por sus murallas, sus armas y sus jóvenes, aceptarían el yugo sin dificultad. Smyrna y Lampsaco reclamaban su libertad, y podía temerse que, si se accedía á sus peticiones, el ejemplo de Smyrna fuese contagioso para todas las ciudades de la Eólida y de la Jonia, y el de Lampsaco para las plazas del Helesponto. Antioco envió, pues, desde Efeso un ejército contra Smyrna, y mandó á las tropas que ocupaban Abydos no dejar allí más que débil guarnición, y marchar á poner sitio á Lampsaco. No se contentó con emplear la fuerza para asustar á los habitantes, sino que recurrió á la suavidad y persuasión, haciéndoles ver la temeridad de una resistencia inútil, y procurando infundirles la esperanza de que serían satisfechos sus deseos en el momento en que reconociesen y que fuese evidente para las otras ciudades que debían su esperanza al Rey, y que no habían aprovechado una ocasión favorable para adquirirla. A esto contestaron que Antioco no podía sorprenderse ni indignarse de que no se resignaran á ver aplazar el momento del goce de aquella libertad. El Rey se embarcó en Efeso en los primeros días de la primavera, y se dirigió á Helesponto. Hizo pasar su ejército de tierra á Madyta, en el Quersoneso, reunió sus fuerzas de mar y tierra bajo las murallas de esta

ciudad, y como había cerrado sus puertas la puso sitio, rindiéndose los habitantes cuando iba á comenzar los trabajos. A esta sumisión siguió la de las otras ciudades del Querscneso. En seguida se presentó con todas sus fuerzas de mar y tierra delante de Lisimaquia, que encontró desierta y casi arruinada, porque algunos años antes la habían tomado, saqueado y quemado los tracios. Como la posición de aquella ciudad era muy ventajosa, pensó en reedificarla, entregándose á este trabajo con el mayor ahinco, reconstruyendo las murallas y las casas, rescatando á los habitantes que se encontraban en esclavitud, haciendo buscar y reunir á los que habían huído y estaban dispersos en el Helesponto y el Quersoneso, atrayendo nuevos colonos á la ciudad, ofreciéndoles grandes ventajas, y tomando, en fin, todas las medidas necesarias para repoblarla. Queriendo al mismo tiempo alejar el temor de una invasión de los tracios, tomó consigo la mitad de su ejército de tierra y marchó á talar las fronteras de la Tracia, dejando la otra mitad y todas las tripulaciones de la flota trabajando en la reconstrucción de Lysimaquia.

Por aquel mismo tiempo, L. Cornelio, enviado por el Senado para poner término á las diferencias que existían entre los reyes Antioco y Ptolomeo, se detuvo en Selymbria, mientras que tres de los diez comisarios iban á Lysimaquia, P. Lentulo, que venía de Bargylías, P. Vilio y L. Terencio de Thasos. Cornelio dejó á Selymbria para reunirse con ellos en esta ciudad, y pocos días después llegó también Antioco de Tracia. El Rey marchó primeramente á casa de los comisarios, después los invitó, recibiendoles con benevolencia y hospitalidad; pero cuando se llegó á hablar de la mi-

sión de los enviados romanos y de la situación del Asia, se agriaron los ánimos. No le ocultaron los romanos que todas sus tentativas desde el momento en que dejó la Syria con su flota desagradaban al Senado, y exigieron, como cosa legítima, que devolviese á Ptolomeo todas las ciudades que habían pertenecido á este príncipe. «Porque, añadían, en cuanto á las que habían pertenecido á Filipo, y de las que se había apoderado Antioco con ocasión de la guerra entre este príncipe y los romanos, el Senado no podía consentir que sus ejércitos hubiesen arrostrado durante tantos años todos los peligros y fatigas de mar y tierra, para que Antioco recogiese el fruto de la guerra. Y aunque se hubiese disimulado su llegada al Asia como cosa indiferente, ¿su paso á Europa con todas sus fuerzas de mar y tierra no era una declaración de guerra? Él lo negaría sin duda, aunque entrase en Italia, pero los romanos no esperarían á que pudiese hacerlo.»

A esto contestó Antioco «que le admiraba que los romanos cuidasen tanto de lo que había de hacer él, y atendiesen tan poco á poner término á sus progresos por mar y tierra. El Asia, dijo, no tenía relación ninguna con los romanos, y no tenían más razón para investigar la conducta de Antioco en Asia, que Antioco para ocuparse de la conducta de los romanos en Italia. En cuanto á Ptolomeo, lejos de arrebatarle ciudades, como acababan de decir en son de queja, Antioco le estaba unido por lazos de amistad, y hasta se ocupaba de estrecharlos con un enlace de familia. Tampoco había aprovechado los reveses de Filipo para despojarle, ni había pasado á Europa para despojar á los romanos. Quería asegurarse el Quersoneso, que consideraba como formando parte de sus dominios, puesto que pertene-

ció á Lysimaco, y después de la derrota de este príncipe, todos sus estados pertenecieron á Seleuco por derecho de guerra. Mientras sus antepasados se ocuparon de otras cosas, Ptolomeo, primero, y después Filipo, conquistaron algunas ciudades de aquel país, apropiándose de esta manera el bien ajeno. Filipo, por ejemplo, había tomado en la Tracia, vecina de su reino, algunas plazas que indudablemente habían pertenecido á Lysimaco; había venido para restablecer el antiguo orden de cosas, y quería reedificar Lysimaquia, destruída por una invasión de los tracios, para darla á su hijo Seleuco, como capital de su reino.

Hacia muchos días que duraban las discusiones, cuando vago rumor acerca de la muerte de Ptolomeo impidió que las conferencias tuviesen resultado. De una y otra parte se fingió no conocer la noticia. L. Cornelio, encargado de una misión cerca de los dos reyes, Antioco y Ptolomeo, pidió algunos días de plazo para poder trasladarse á la corte de Ptolomeo. En realidad quería ir á Egipto antes que el advenimiento de nuevo rey produjese algún cambio. Antioco, por su parte, esperaba reducir el Egipto á su poder si aprovechaba la ocasión. Despidióse, pues, de los romanos, dejó á su hijo Seleuco al frente de su ejército de tierra para reconstruir Lysimaquia, como había decidido, y se dirigió con toda la flota á Efeso. De su parte marcharon legados á Quincio para darle la falsa seguridad de que no cambiaría nada mientras él costeara el Asia y llegaba á Lycia. Habiendo sabido en Patarae que Ptolomeo vivía aún, renunció á los proyectos de pasar á Egipto, pero se dirigió á la isla de Chipre. Acababa de doblar el cabo Quelidonio, cuando la sublevación de las tripulaciones le obligó á detenerse algún tiempo en Panfilia en la

desembocadura del Eurymedón. Pronto se hizo de nuevo á la vela; pero al llegar á las rocas del río Safo, le asaltó violenta tempestad, que estuvo á punto de hacerle perecer con toda su flota. Extraviáronse muchas naves, y otras se fueron á pique sin que pudiese salvarse ni un solo hombre. Antioco perdió en aquel desastre considerable número de remeros y de soldados, y hasta algunos dignatarios de su corte. Cuando reunió los restos del naufragio, no encontrándose con fuerzas para hacer una tentativa sobre la isla de Chipre, regresó á Seleucia con séquito menos brillante del que había llevado al partir. Allí hizo sacar á tierra las naves, porque se acercaba el frío, y marchó á invernar en Antioquía. Este era el estado de los dos reyes.

En este año se establecieron por primera vez en Roma los triunviros epulones (1), siéndolo el tribuno del pueblo C. Licinio Luculo, autor de la ley que creaba esta nueva magistratura, P. Manlio y P. Porcio Leca. La ley les dió, como á los pontífices, el derecho de llevar la toga pretexta. En este año se suscitó grave debate entre el colegio entero de los pontífices y los cuestores de la ciudad, Q. Fabio Labeo y L. Aurelio. Necesitábase dinero, porque se había decidido pagar á los ciudadanos el último plazo de los adelantos que habían hecho durante la guerra. Los cuestores pedían á los augures y á los pontífices su impuesto, que no ha-

(1) Los triunviros epulones estaban encargados de presidir los banquetes sagrados (*lectisternia*). Antes pertenecían estas funciones á los pontífices; pero sobrecargados de obligaciones por el incesante aumento de sacrificios, tuvieron que dejar á nuevos magistrados esta parte de sus trabajos. Primeramente fueron tres, como indica su nombre, después se elevaron á siete y se llamaron septenviros epulones.

bían pagado durante la guerra: los sacerdotes apelaron en vano á los tribunos y se les exigió las cantidades anuales que no habían pagado. En este mismo año murieron dos pontífices, reemplazando á T. Sempronio Tuditano, que murió pretor de España, el cónsul M. Marcelo, y al otro, M. Cornelio Cethego, L. Valerio. El augur Q. Fabio Máximo murió también muy joven y antes de haber ejercido ninguna magistratura: en este año no se le nombró sucesor. El cónsul M. Marcelo celebró en seguida los comicios consulares, nombrándose cónsules á L. Valerio Flacco y M. Porcio Caton. En seguida se eligieron pretores á C. Fabricio Lucino, C. Atinio Labeon, Cn. Manlio Vulso, Ap. Claudio Neso, P. Manlio y P. Porcio Leca. Los ediles curules M. Fulvio Nobilior y Flaminio distribuyeron al pueblo un millón de modios de trigo al precio de dos ases. Los sicilianos habían enviado estas provisiones á Roma como prueba de afecto á C. Flaminio y á su padre (1). Flaminio hizo participar á su colega del honor de la distribución. Con esplendente aparato se celebraron los juegos romanos, repitiéndose tres veces por completo. Los ediles plebeyos Cn. Domicio Ahenobarbo y C. Scribonio Curion, citaron ante el pueblo á muchos arrendatarios de pastos, siendo condenados tres, y las multas que pagaron sirvieron para la construcción de un templo en la isla del dios Fanno. Los juegos plebeyos se representaron durante dos días, y con este motivo se celebró un banquete público.

L. Valerio Flacco y M. Porcio propusieron al Senado, en el mismo día que entraron en funciones, la reparti-

(1) C. Flaminio fué el primer pretor que enviaron para gobernar la Sicilia, el año de Roma 525.

ción de provincias. Los Padres decretaron «que tomando bastante gravedad la guerra de España para exigir la presencia de un cónsul y de un ejército consular, designaban á los Cónsules por provincias la España citerior y la Italia, rogándoles que se las repartiesen de común acuerdo ó por sorteo. El que obtuviese la España llevaría dos legiones, cinco mil aliados del nombre latino y quinientos jinetes, y tendría á su disposición una flota de veinte naves largas. El otro Cónsul debía alistar dos legiones, fuerzas que se consideraban suficientes para contener la Galia, porque los acontecimientos del año anterior habían abatido el valor de los insubrios y de los boyos.» Catón obtuvo la España y Valerio la Italia. En seguida sortearon sus provincias los pretores: Q. Fabricio Luscino obtuvo la jurisdicción urbana; C. Antiscio Labeon, la de los extranjeros; Cn. Manlio Vulso, la Sicilia; Ap. Claudio Nero, la España ulterior; P. Porcio Leca, la ciudad de Pisa, para amenazar á los ligurios por la espalda, y P. Manlio recibió el encargo de ir á la España citerior á secundar las operaciones del Cónsul. Como se desconfiaba de Antioco y de los etolios, y también del tirano Navis, prorrogóse por un año el mando á T. Quincio y le concedieron dos legiones. Los Cónsules recibieron orden de hacer levás y enviar á Macedonia todos los refuerzos necesarios para completar aquellas legiones. Ap. Claudio recibió la legión de Q. Fabio, y quedó además autorizado para levantar dos mil hombres de infantería y doscientos caballos. A Manlio se concedió para la España citerior igual número de infantes y jinetes nuevos, añadiendo la legión que había estado á las órdenes del pretor Minucio. P. Porcio Leca, que marchaba á la Etruria, debía tomar cerca de Pisa dos mil in-

fantes y quinientos caballos del ejército de la Galia. A Sempronio Longo se prorrogó el mando de la Cerdeña.

Repartidas de este modo las provincias, los Cónsules, antes de salir de Roma, celebraron, por orden de los pontífices, la primavera sagrada, que el pretor A. Cornelio Mamula había votado en nombre del Senado y del pueblo, bajo el consulado de Cn. Servilio y de C. Flaminio. Veintiún años hacía que se formuló este voto. Por esta época también C. Claudio Pulquer, hijo de Appio, fué nombrado y consagrado augur en lugar de Q. Fabio Máximo, que había muerto el año anterior. Comenzaba á extrañarse que la insurrección de España parecía olvidada, cuando se recibió una carta de Q. Minucio, anunciando que había librado batalla cerca de Turba á los generales españoles Budar y Basaside; que les había vencido matándoles doce mil hombres; que Budar estaba prisionero, y que el resto de los enemigos quedaba derrotado. La lectura de esta carta disminuyó los temores que se habían concebido en cuanto á España, en donde se esperaba una guerra grave, y toda la atención se fijó en Antioco, sobre todo desde el regreso de los diez legados, quienes expusieron primeramente lo que habían hecho con Filipo y con qué condiciones le habían concedido la paz; en seguida manifestaron que estaban amenazados de grave guerra con Antioco. Este príncipe, dijeron, acababa de pasar á Europa al frente de numerosa flota y de respetable ejército. Si no se hubiese detenido, dando crédito á vano rumor, en su loca esperanza de conquistar el Egipto, toda la Grecia estaría ya en conmoción. Porque no podía esperarse que los etolios permaneciesen en reposo, por su carácter versátil y el resen-

timiento que les animaba contra los romanos. La Grecia guardaba también en su seno otro fuego destructor: Nabis, ahora tirano de Lacedemonia, pero que muy pronto lo sería de toda la Grecia si le dejaban obrar, y que rivalizaba en avaricia y crueldad con todos los tiranos famosos de la historia. Si se le permitía conservar Argos, fortaleza desde la que dominaba el Peloponeso, y si se llamaban á Italia los ejércitos romanos, en vano se habría libertado la Grecia de Filipo, puesto que en vez de un rey, que al menos estaba lejos, caería bajo el dominio de un tirano vecino.

Al escuchar este relato de varones muy graves y que además solamente referían lo que habían examinado por sí mismos, los senadores, sin ocuparse por el momento de Antioco, que por algún motivo cualquiera había regresado á Siria, opinaron deliberar en el acto acerca de Nabis. Después de discutir largo tiempo para saber si había bastante fundamento para declararle la guerra en el acto, ó si se concedería á Quincio completa libertad para hacerla, dejaron á la prudencia de este general el cuidado de tomar, con relación al tirano de Lacedemonia, el partido que considerase más útil á los intereses de la República. Creyóse que importaba poco al pueblo romano que se adelantase ó retrasase aquella declaración de guerra; siendo más urgente averiguar la conducta que observarían Annibal y los cartagineses si estallaba la guerra con Antioco. Los miembros del partido opuesto á los Barca escribían de tiempo en tiempo, cada uno en particular, á sus amigos los romanos más distinguidos que Annibal había enviado cartas y mensajeros al rey Antioco y que éste á su vez le había enviado agentes secretos. Semejante á las fieras que nunca pueden domesticarse, aquel enemigo de los

romanos era implacable en su odio. Censuraba á sus conciudadanos que languidciesen en la ociosidad y la inercia, diciendo que solamente el ruido de las armas podía sacarles de su letargo. El recuerdo de la guerra anterior, que él solamente había sostenido, siendo su motor principal, daba á estas noticias mucha verosimilitud. Además, con un acto reciente había irritado los ánimos de la mayor parte de los nobles.

En aquel tiempo dominaba en Cartago el orden de los jueces, debiendo sin duda su poder á que la magistratura era vitalicia. Fortuna, reputación, hasta la misma existencia de los ciudadanos estaba á merced suya; tener por enemigo á un solo juez, era exponerse á la enemistad de todo el orden; y no faltaban acusadores dispuestos á denunciar á los jueces aquellos que les habían ofendido. Era aquel el despotismo real; porque en el uso que hacían de su exorbitante poder, olvidaban que eran magistrados de una república. En este estado las cosas, Annibal, nombrado pretor, llamó á sí al cuestor, que no obedeció la orden: pertenecía á la facción contraria, y como se pasaba de la cuestura al omnipotente orden de los jueces, se ensayaba ya en los rasgos de orgullo de su futura dignidad. Irritado Annibal, envió un viator para que prendiese al cuestor y le llevó ante la asamblea del pueblo, en la que habló enérgicamente contra el rebelde y contra todo el orden de los jueces, cuyo orgullo é influencia despojaban de toda fuerza á las leyes y á los magistrados. Viendo que recibían favorablemente sus palabras, y que la plebe consideraba el orgullo de los jueces como amenazador para su libertad, propuso é hizo adoptar en el acto una ley que declaraba anual la judicatura y prohibía nombrar juez dos años seguidos al mismo ciudadano.

Pero tanto como le atrajo esta medida el favor popular, otro tanto le indispuso contra la mayor parte de los grandes. Otra reforma que emprendió en interés público le hizo objeto de odios personales. Las rentas del Estado, ó se despilfarraban por mala administración, ó las dilapidaban cierto número de nobles y de magistrados que se las repartían, hasta el punto que no había dinero para pagar el tributo anual que se debía á los romanos, estando amenazados los ciudadanos de oneroso impuesto.

Habiéndose enterado Annibal de lo que producían los impuestos de tierra y mar y del destino de los fondos, de lo que se invertía en las necesidades generales del Estado y lo que desaparecía por las concusiones, declaró en plena asamblea que, exigiendo todas las cantidades que quedaban sin empleo (*residuis pecuniis exactis*) (1), se evitaría levantar un impuesto sobre los particulares, y que la República tendría bastantes recursos para pagar el impuesto que debía á los romanos. En efecto, cumplió lo prometido; pero, entonces todos aquellos que se habían enriquecido durante muchos años con las dilapidaciones, se entregaron al furor del resentimiento, como si les despojasen de sus bienes en vez de arrancarles de las manos el fruto de sus latrocinios; y excitaron contra Annibal á los romanos, que, por su parte, solamente deseaban pretexto para satisfacer su rencor. Scipión el Africano luchó largo tiempo para contrarrestar aquella influencia; consideraba indigno del pueblo romano servir las pasio-

(1) Llamábanse así los fondos afectos á determinado gasto público, y que no habiendo sido empleados, los depositarios los reservaban para aprovecharse de ellos. De aquí la acusación de *residuis*.